

José Ángel García de Cortázar
José Ángel Sesma Muñoz

Manual de Historia Medieval

Alianza Editorial



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Edición electrónica, 2014
www.alianzaeditorial.es

© José Ángel García de Cortázar y Ruiz de Aguirre y José Ángel Sesma Muñoz, 2008
© Alianza Editorial, S. A. Madrid, 2014
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
ISBN: 978-84-206-8875-6
Edición en versión digital 2014

2. La herencia de Roma en el este: el Imperio de Bizancio

La división del Imperio romano en 395 y el largo reinado de Teodosio II, nieto de Teodosio «el Grande», entre 408 y 450, constituyen el umbral de este capítulo, que se cierra en torno al año 960 cuando el Imperio de Bizancio alcanza una segunda culminación en su historia. Durante esos cinco siglos, la parte oriental del antiguo Imperio sobrevive aunque lo hace en condiciones sobre las que los historiadores discrepan. Para unos es clara la pervivencia de una sociedad de tipo antiguo. Esto es, estiman que continuó existiendo tanto una relación de tipo público entre los habitantes, sometidos a la autoridad del emperador y a un derecho de validez universal, como un sistema urbano capaz de mantener las funciones ordenadoras del espacio rural de su *territorium* y sus vínculos entre las distintas ciudades del Imperio. Para otros historiadores, sin embargo, tal pervivencia sólo atañe a la titularidad de un poder público pero resulta discutible cuando se analizan los rasgos sociales del Imperio, que, según ellos, se debilitaron y a la postre se modificaron a raíz de la crisis del siglo VII. Ésta, junto a una drástica reducción de los territorios del Imperio, se caracterizaría por una desestructuración, aunque no eliminación, de la sociedad y el Estado antiguos.

Precisamente, la recuperación del Estado y de la sociedad en el largo período de la crisis de la iconoclastia (entre 726 y 843) abrirá paso a una segunda culminación del Imperio bizantino con la dinastía Macedónica. Y ello en un doble plano: reestructuración interna y ampliación externa de su influencia política y cultural hacia los mundos búlgaro y ruso en un proceso en que el esfuerzo militar estimuló una concentración de poder en manos de la aristocra-

cia. A mediados del siglo x, un Imperio bizantino, ya totalmente griego, culminó su propia historia al convertirse en dirigente de una Cristiandad greco-eslava, cuya existencia, paralela al fortalecimiento del área latino-germana de occidente, confirmaba el reparto del espacio cultural de Europa.

1. El esplendor del Imperio: la época de Justiniano

La imagen de continuidad del Imperio de Bizancio se halla inevitablemente reforzada por su historia de los siglos v y vi. A diferencia de la disgregación y la barbarización del espacio occidental, el oriental no sólo seguía dando muestras de unidad interna, sino que trató de reintegrar la totalidad del antiguo Imperio romano.

1.1. La herencia romana en la parte oriental del Imperio

En el año 476, cuando en Occidente se extinguió la vida del Imperio, en Oriente, éste mostraba los caracteres que lo iban a hacer reconocible durante siglos: un Imperio griego, culto, político, urbano, mercantil y cristiano. A raíz de la división del año 395, ocupaba una extensa superficie: desde la costa oriental del mar Adriático hasta la frontera con Persia y desde el Danubio hasta el desierto africano. Su lengua dominante, el griego, convivía con otros idiomas de rica producción literaria, como el copto en Egipto, el hebreo, el arameo y el siríaco en Siria, o el propio árabe en su extremo sudoriental. Esos diferentes idiomas, en especial, el griego, servían de vehículo a las expresiones culturales de regiones con larga tradición en el empleo de la escritura y en el ejercicio de la reflexión filosófica y teológica.

La base política del Imperio se asentaba en la solidez de las instituciones y en la fortaleza de la cosa pública, empezando por el emperador y siguiendo por el derecho. Su base económica (y, en buena parte, social) residía en una amplia capa de pequeños propietarios campesinos instalados en aldeas que aprovisionaban los mercados de las grandes ciudades, que eran, a su vez, las que daban el tono al Imperio bizantino al constituir importantes centros de comercio, administración y enseñanza. El aprovisionamiento de los grandes centros urbanos se convirtió en una de las obligaciones del Estado, lo que explica el dirigismo estatal del comercio del Imperio.

Este Imperio, griego, culto, político, urbano, mercantil, era, finalmente, cristiano y tenía a su cabeza al patriarca de Constantinopla, que se comportó prácticamente como un papa en Oriente, aunque siempre subordinado a la autoridad cesaropapista del emperador. Uno y otro tuvieron que lidiar con interpretaciones heterodoxas de los dogmas cristianos que arraigaron en algunas regiones donde constituyeron un caldo de cultivo de resistencias políticas. Lo había hecho en su momento el arrianismo, que sostenía que la segunda perso-

na de la Trinidad había sido creada por el Padre y no era, por tanto, coeterno con éste, doctrina que había sido condenada ya en el año 325, en el primer Concilio ecuménico de Nicea. Pero con mayor influencia lo hicieron el nestorianismo y el monofisismo. El primero reforzaba la naturaleza humana de Cristo, eliminaba la condición de la Virgen como Madre de Dios y ponía en duda el valor universal de la redención, al estimarla obra de un hombre y no de un dios. Fue condenado en el Concilio de Éfeso del año 431. Por su parte, el monofisismo reaccionó contra la herejía anterior y defendió la existencia de una única naturaleza divina en Cristo, siendo condenado en el Concilio de Calcedonia del año 451.

La condena de las tres herejías contó con el acuerdo del papa de Roma y el patriarca de Constantinopla pero el problema continuó existiendo durante siglos. Los cristianos de Siria (donde abundaba el nestorianismo) y Egipto (donde arraigó el monofisismo) vieron en esas opciones heréticas un complemento a sus señas de identidad. Éstas se apoyaban en una individualidad cultural, basada en un idioma propio, y era alentada respectivamente por las sedes apostólicas de Antioquía y Alejandría que se resistían a aceptar la preeminencia de Constantinopla en la organización eclesiástica. La combinación de estos elementos creó una permanente tensión centrífuga en el Imperio de Bizancio.

Para contrarrestarla, el emperador Zenón (477-491), destinatario de las insignias que Odoacro, le remitió desde Italia como signo de la extinción del Imperio en Occidente en 476, intentó alcanzar un equilibrio dogmático entre las posiciones ortodoxas y monofisitas. Lo hizo a través del *Henotikon*, o decreto de unidad del año 482, pero su esfuerzo ni sirvió para tranquilizar a las provincias orientales del Imperio ni fue aceptado por el papa, lo que produjo un cisma entre las Iglesias de Roma y Bizancio que se prolongó durante cuarenta años. El sucesor de Zenón, el emperador Anastasio (491-518), destinatario de la famosa carta del papa Gelasio I, mantuvo los presupuestos políticos y religiosos de su predecesor.

1.2. El emperador Justiniano y su programa

El año 518, tras la muerte del emperador Anastasio, un golpe de Estado promovió al trono imperial al jefe de la guardia de palacio, Justino I (518-527), originario de la Iliria latina. Su reinado servirá para asegurar los cimientos del de su sobrino Justiniano, a quien asoció al trono y que, una vez muerto su tío, dirigirá el Imperio entre los años 527 y 565.

- *La personalidad del emperador Justiniano y sus colaboradores* quedó reflejada, con evidentes dosis de hostilidad, por el historiador Procopio de Cesarea en su *Historia secreta*. Presentó a Justiniano como un autócrata, intervencionista en los menores detalles de la gestión de go-

bierno y acérrimo defensor de la ortodoxia definida en el Concilio de Calcedonia del año 451. Su mujer, Teodora, aparece como su reverso: de baja extracción social, intuitiva y habilísima intrigante, promonofisita, pero tan consciente como su marido de las exigencias de la púrpura imperial. Por fin, como eficaces colaboradores del emperador, se muestran los generales Narsés y Belisario, el jurista Triboniano, artífice de la compilación del derecho, y el prefecto del pretorio, Juan de Capadocia, cabeza de la administración y del aparato financiero. Todos ellos fueron responsables de los éxitos de la primera parte (hasta, más o menos, los años 543-545) del reinado de Justiniano, quien, en cambio, conoció amargas decepciones en la segunda parte.

- *El programa de unidad, romanidad e inmovilidad* de Justiniano tuvo como base un modelo de emperador autócrata, que se arrogaba el derecho de decidir en todos los ámbitos de la vida de sus súbditos. Para reforzar su imagen, un complicado ceremonial cortesano, que la Iglesia ortodoxa griega recogió en su liturgia, tendía a identificar al emperador con el propio Dios. La iglesia de Santa Sofía, esto es, de la Santa Sabiduría, la segunda persona de la Santísima Trinidad, construida por Justiniano, vino a ser una metáfora de sus propias ambiciones. La advocación sugería una cierta identificación entre el Dios encarnado (Cristo) y el representante de Cristo en la tierra (el emperador). Para reforzarla, la arquitectura del templo constituía la imagen más deliberada del poder imperial y su pretensión de unidad. La basílica conformaba, junto con el palacio imperial, el núcleo simbólico de la capital que, rodeada de una muralla de nueve kilómetros, representaba un microcosmos del Imperio y la garantía de su pervivencia.
- *La compilación legislativa dirigida por Triboniano* pretendió ser en el campo del derecho y el gobierno un instrumento de desarrollo del programa de absolutismo imperial. El objetivo de la recopilación jurídica era recoger la tradición romana y armonizarla con la cristiana a fin de dotar al Imperio de una base homogénea. Su resultado fue el *Corpus Iuris Civilis* constituido por cuatro partes. El *Código de Justiniano*, redactado en latín, que recogió los edictos imperiales emitidos desde Adriano, en el siglo II, hasta el año 533. Las *Novellae*, o nuevas disposiciones del propio Justiniano, redactadas en griego. El *Digesto* o *Pandectas*, colección de textos de los jurisconsultos romanos. Y los *Instituta*, manual para los estudiantes de Derecho.

La compilación jurídica justiniana recogió la herencia del Bajo Imperio romano que reforzaba los principios de centralización, separación de los poderes civil y militar, profesionalización de los funcionarios y control general de sus actividades. Pero con los principios heredó igualmente sus debilidades; en especial, dos: el gigantismo administrativo y la obsesión por la recaudación de impuestos que permitieran sostener la política imperialista de Justiniano.

- *La unidad intelectual de base cristiana según definición del Concilio de Calcedonia del año 451* constituyó, por su parte, la base ideológica del programa justiniano. En función de ella, el emperador actuó en dos direcciones. La primera tuvo su símbolo en el cierre, en el año 529, de la escuela o academia de Atenas, último centro de la cultura clásica pagana en el Imperio. La segunda se tradujo en el control y, a veces, persecución, de monofisitas, judíos y maniqueos, con resultados más bien limitados. Los monofisitas fortalecieron sus posiciones en Siria y Egipto, donde su discrepancia religiosa se convirtió en un ingrediente de separatismo, que, en los años 630 a 640, facilitará a los musulmanes la ocupación de esos territorios. Los judíos resistieron la política imperial de control e inhabilitación y, cuando los musulmanes penetraron en el Imperio, aquéllos los tomaran por salvadores. Por fin, los maniqueos, perseguidos desde comienzos del reinado de Justiniano, se convirtieron en potenciales colaboracionistas de los ejércitos persas. Frente a unos y otros, los mejores agentes del emperador fueron, sin duda, los monjes. En sus cenobios de la capital o de las provincias, algunos de los cuales han perdurado hasta nuestros días, como los de San Sabas en Palestina y Santa Catalina del monte Sinaí, los monjes constituirán un grupo de presión poderoso y permanente en la historia del Imperio bizantino.

1.3. Efervescencia urbana y decadencia rural

La sociedad del Imperio de Bizancio, como la del romano, tenía en la ciudad y el *territorium* articulado por ella la célula básica de organización del espacio y del sistema de poder. Durante el siglo V y los primeros decenios del VI, la población de las ciudades bizantinas había continuado aumentando. La riqueza del Imperio y la preocupación estatal por tener abastecidas las grandes poblaciones estimulaban la actividad mercantil, tanto a través de las rutas regionales como de las de larga distancia que llegaban hasta China.

El aumento de la riqueza urbana y la ampliación de los recintos de las ciudades se tradujeron, por su parte, en una proliferación de obras públicas, en especial, en la capital (murallas, palacio, basílica), que impulsó una corriente de trasvase de la gente del campo a la ciudad. Se trataba más de obreros sin cualificar que de artesanos propiamente dichos. Junto a ellos, una muchedumbre incontrolada de mendigos y vagabundos contribuía a dar el tono vital a las urbes. Unos y otros solían utilizar los circos de Alejandría y Antioquía y, sobre todo, el hipódromo de Constantinopla para liberar sus energías y reivindicaciones. Especialmente, en tiempos de dificultad de suministros, esa multitud constituía una amenaza para el poder, presta, como estaba, al amotinamiento. Así se demostró en el año 532 cuando la sedición denominada *Niké* puso en peligro el trono de Justiniano.

Si las ciudades bizantinas constituían un potencial de energía económica y organización administrativa y una amenaza social, por su parte, el mundo rural fue abandonado a su propio destino. Ello se tradujo en la emigración a las ciudades y en la intensificación de la fiscalidad sobre los campesinos. Ésta empezó a tener los mismos efectos que los que había tenido ya desde el siglo III en la parte occidental del antiguo Imperio romano. Esto es, pérdida de capacidad para mantener el ejercicio público del poder y concentración de la propiedad en manos de unos poderosos que, con frecuencia, veían reconocida una autonomía fiscal en sus grandes dominios.

En resumen, la segunda parte del reinado de Justiniano, agobiado por los gastos de su política expansionista, se caracterizó por una cierta pérdida del control público del Estado, al menos, en el mundo rural, y la fractura social entre los grandes propietarios (tanto eclesiásticos como laicos) y los pequeños campesinos. Éstos, a diferencia de las gentes de la ciudad, no protagonizaron ninguna revuelta espectacular pero su huida al monasterio, el ejército, el bandolerismo o los núcleos urbanos era síntoma de una cierta desestructuración del mundo rural.

1.4. La reintegración mediterránea y su fracaso

El programa de unidad, romanidad e inmovilidad de Justiniano, cuyas repercusiones internas acabamos de ver, tenía un objetivo muy preciso: la reconstrucción física de la unidad del antiguo Imperio romano. El emperador se dispuso a aprovechar la dinámica de crecimiento de su reino y lo que, a su entender, eran frágiles construcciones políticas de los germanos en territorios de población mayoritariamente romana que, según pensaba, acogería con júbilo la reconstrucción del antiguo Imperio. Los intentos del ostrogodo Teodorico, quien, a principios del siglo VI, parecía querer crear un espacio pangermánico en el oeste del Mediterráneo, empujaron a Justiniano a poner en marcha su proyecto en el año 532, una vez que superó la revuelta *Niké* y firmó una «paz eterna» con el Imperio persa.

Las operaciones bizantinas en el Mediterráneo occidental comenzaron al año siguiente, bajo el mando de los generales Belisario y Narsés, quienes, en cuestión de meses, liquidaron el reino vándalo del norte de África. En 534, los bizantinos pusieron pie en la península italiana. En un primer momento, el recibimiento dispensado por el papa y por un sector de la población, que, desde hacía unos años, estaba atemorizada por sus gobernantes arrianos, hicieron pensar a los bizantinos en la posibilidad de reeditar su éxito norteafricano. Las circunstancias cambiaron pronto y los ostrogodos, con su rey Totila, opusieron una tenaz resistencia que obligó a los bizantinos a mantener la llamada *guerra gótica* durante treinta años. En el curso de ella, en el año 554, los bizantinos no desperdiciaron la ocasión para intervenir igualmente en Hispania, donde, durante setenta años, ocuparon una parte del territorio, concretamente,

las Islas Baleares y el espacio comprendido entre la desembocadura del Júcar y la del Guadalquivir.

El proyecto justiniano de reintegración mediterránea alcanzó entonces su mayor extensión, aunque, en todas partes, con carácter bastante provisional. En efecto, en África, las tropas imperiales tuvieron que hacer frente a una serie de insurrecciones bereberes; en Italia, la «guerra gótica» dejaba al país en la ruina mientras sus habitantes añoraban los buenos tiempos de los primeros años de Teodorico; y, en España, los monarcas visigodos no cesaron en su empeño de expulsar del territorio a los bizantinos. Todo ello implicaba para éstos unos crecientes gastos militares que, en ningún caso, encontraban compensación y que exigían un importante aumento de la presión fiscal. En esas circunstancias, la reactivación de la amenaza persa y la llegada a las puertas de Constantinopla de nuevos pueblos, como búlgaros, eslavos y ávaros, pusieron de relieve una falta de correspondencia entre la brillantez de fachada del Imperio de Bizancio y el debilitamiento de sus estructuras. En ese momento, en el año 565, Justiniano murió.

2. Del Imperio romano de Oriente al Imperio bizantino

Entre el año 565, muerte de Justiniano, y el 610, acceso al trono de Heraclio y de una nueva dinastía, la vida del Imperio de Bizancio puso de relieve dos hechos. De un lado, que Justiniano había sido el último emperador romano. De otro, que la segunda parte de su reinado había supuesto el tránsito de la vieja civilización «romana» a una nueva cultura «bizantina». En adelante, ésta se desarrollará en escaso contacto con el oeste, pendiente de lo que suceda en el este, y dispuesta a conservar los tres elementos más significativos de la herencia justiniana: un derecho público, una capital rica y un modelo de emperador autócrata y sacralizado.

2.1. El final del sueño «romano»

La muerte de Justiniano en el año 565 pareció acelerar los dos procesos que empezaban a debilitar el Imperio de Bizancio: la amenaza de los enemigos exteriores y el deterioro de la situación social, política y militar interna, que cabía atribuir tanto a la presencia de aquéllos como, sobre todo, al desgaste producido por la política de reintegración mediterránea.

- *Las amenazas exteriores estuvieron protagonizadas por ávaros, eslavos y persas.* Los primeros constituían un pueblo de origen turco, emparentado con los hunos, que, desde las estepas asiáticas, había sido desplazado hacia el oeste por la presión de otros nómadas. En el año 558, los ávaros obtuvieron permiso para instalarse en tierras del Imperio bizan-

tino. Siete años después se establecieron en la llanura de Panonia, de donde expulsaron a los lombardos, que se encaminaron hacia Italia, donde su entrada en 568 supuso para los bizantinos instalados allí el comienzo de la pérdida de sus posiciones.

- *Los eslavos* formaban un conjunto de pueblos relacionados entre sí por rasgos lingüísticos y culturales que las fuentes históricas habían situado, en los siglos I y II, en la zona de contacto entre las actuales Polonia y Rusia. Su organización en *zadrugas* o comunidades familiares suponía un nivel de desarrollo sociopolítico más arcaico que el de los germanos del siglo IV. A comienzos del siglo VI, los eslavos cruzaron el río Danubio y empezaron a penetrar lentamente hacia el sur. A finales de aquel siglo, su presencia era ya significativa, en especial, en Macedonia, desde donde desarrollaron actividades de piratería a bordo de sus primitivos *monoxilos*, troncos de árboles ahuecados. Durante el siglo VII, todo un síntoma de su presencia en la zona, Macedonia era llamada *Esklavina*. Desde ese momento, el establecimiento de los eslavos en el espacio balcánico empezó a tener para los bizantinos un significado cultural parecido al que había tenido la de los germanos en el occidente para los provinciales romanos del ámbito latino. De ese modo, si el occidente del continente europeo llevaba camino de convertirse en un espacio latinogermano, el oriente sería el ámbito de desarrollo de la cultura grecoeslava.
- *Los persas* habían sido la amenaza más grave para el Imperio de Bizancio, que, para conjurarla, empleó a fondo su diplomacia y sus recursos financieros en el frente oriental. Justiniano dejó de pagar el tributo tradicional al Imperio persa y emprendió una política de incorporación de unos reinos intermedios que, como pequeños estados-tapones, se habían consolidado entre Persia y Bizancio, en especial, Armenia. La reanudación de la guerra entre los dos Imperios no se hizo esperar. Los gobernantes bizantinos debieron ampliar las dimensiones de su ejército y su marina, dando entrada a mercenarios, muchos de ellos extranjeros, lo que, a la vez que hacía más compleja la composición humana del Imperio, exigía una presión fiscal creciente sobre los súbditos.

En ese ambiente de agobio fiscal y militarización de la vida social, se desarrollaron los reinados de los sucesores de Justiniano, de los que Tiberio (578-582), Mauricio (582-602) y su asesino y sucesor Focas (602-610) fueron militares que encabezaban facciones que servían de expresión a una población cada vez más descontenta. La nueva situación social trajo dos consecuencias importantes. La primera, la renuncia al principio de separación de las funciones civiles y militares; en su lugar, los exarcas reunieron ambas. La segunda, la construcción a orillas del mar Rojo y en el alto Éufrates de una red de fortalezas asistidas por soldados-colonos bajo el mando igualmente unificado de un jefe militar.

Las amenazas exteriores, que estimularon esta reorganización militarista del Imperio bizantino, impulsaron igualmente un proceso que recordaba el vivido por la parte occidental del antiguo Imperio romano en la crisis de los siglos III y IV: la búsqueda de garantías reales por parte de una población que desconfiaba de la capacidad del Estado para defenderla. Esa búsqueda la orientaron los bizantinos, principalmente, por dos caminos. El fortalecimiento de los vínculos de dependencia personal respecto a los ricos terratenientes y la encomendación, teñida de histeria colectiva, a los patronos celestiales, Cristo, la Virgen y los santos, cuyas imágenes se multiplicaron en iconos ardorosamente venerados.

2.2. La crisis del siglo VII

El descontento de la población del Imperio a causa de las guerras, las hambres y las persecuciones políticas fue capitalizado por Heraclio (610-641), que derrocó a Focas, ocupó el trono imperial y fundó una nueva dinastía. En los cien años que transcurrieron entre 610 y 717, la vida bizantina estuvo marcada por la crisis que afectó las estructuras del Imperio. El debilitamiento de éstas, visible desde la muerte de Justiniano, experimentó un agravamiento cuando el Imperio persa fue sustituido, desde la década de 630, por el Islam. La intervención de los musulmanes, que ocuparon rápidamente las provincias orientales del Imperio de Bizancio, exigió un nuevo esfuerzo de guerra. Los rasgos (autoridad del Estado, derecho público, ciudades ordenadoras del entorno rural) que habían caracterizado a aquél se debilitaron decisivamente a la vez que se reforzaba una mentalidad de supervivencia teñida de milagrerismo que encontraba refugio en la veneración de las imágenes. De resultados del proceso, al final del período, en 717, el Imperio de Bizancio apareció como algo nuevo: más reducido, coherente, militarizado, rural, privado, griego. En una palabra, un Imperio menos antiguo, más medieval.

2.2.1. Un horizonte de guerra permanente

Durante el siglo VII, el Imperio bizantino debió atender tres frentes militares. En el oriental, el tradicional enemigo persa fue sustituido por los musulmanes. En el danubiano-balcánico, la presión de los eslavos se vio reforzada ahora por la de los búlgaros. Y en el occidental, los visigodos de Hispania y los lombardos de Italia expulsaron o arrinconaron, respectivamente, a los bizantinos.

- *El frente oriental siguió siendo el frente decisivo.* En el año 602, aprovechando una crisis interna, los persas atacaron el Imperio de Bizancio. Durante veinte años fueron cayendo en sus manos Capadocia y Arme-

nia, Siria y Palestina y, por fin, Egipto. Si cada pérdida afectó la conciencia bizantina, la caída de Jerusalén en manos de los persas, que se llevaron la reliquia de la cruz de Cristo, conmovió especialmente los espíritus, estimulando en la población del Imperio un verdadero sentimiento de guerra santa. En ese ambiente, en 622 dio comienzo la contraofensiva bizantina dirigida por Heraclio, quien, en lugar de ir reconquistando cada una de las provincias perdidas, optó por atacar directamente el centro del Imperio persa. En 628 entró en su capital, saqueó su tesoro, recuperó las provincias ocupadas y, sobre todo, la reliquia de la cruz, que fue devuelta a Jerusalén. La fecha (14 de setiembre) todavía la celebra el calendario cristiano como fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz. Dos años después, el emperador Heraclio adoptó oficialmente el título de *basileus*, que, en origen, había correspondido al monarca persa. De esa forma, y como un síntoma más de la progresiva helenización del Imperio, los antiguos títulos latinos (*imperator*, *caesar*, *augustus*) dejaron de tener sentido para los bizantinos.

Los éxitos de Heraclio frente a los persas apenas pudieron ser saboteados por sus súbditos. La expansión musulmana capitaneada por los árabes había comenzado en 632 y, sólo cuatro años después, en 636, los bizantinos fueron derrotados a orillas del río Yarmuk, en lo que sería el comienzo de su espectacular e irreversible repliegue frente al poder islámico. En seis años, Bizancio perdió Siria, Palestina y Egipto; en doce más, parte de sus dominios del norte de África y Armenia; y, poco después, las islas de Rodas y Chipre. Por fin, en 673, la flota árabe sitiaba Constantinopla, en una acción que repetirá cinco años más tarde. Afortunadamente para Bizancio, la necesidad del califa omeya de atender otros frentes y, sobre todo, la efectividad del llamado «fuego griego», una mezcla inflamable, incluso en el agua, compuesta de nafta, azufre y pez, que se aventaba por medio de tubos, contribuyeron a levantar el asedio de la capital. Esa victoria relativa permitió que la situación entre bizantinos y árabes se estabilizara durante cuarenta años.

- *El frente danubiano-balcánico* fue escenario de tres procesos. El primero, la progresiva penetración de los eslavos hacia el sur, hasta instalarse de forma masiva en Macedonia, rebautizada como Esclavina. El segundo, el debilitamiento de la presencia de los ávaros en la región, que abandonaron para desplazarse hacia occidente. Y el tercero, la llegada de dos nuevos pueblos de estirpe turca de guerreros a caballo: los jázaros, que se mantendrán hasta mediados del siglo x en el curso bajo del Volga, y los búlgaros, llamados a tener fuerte protagonismo en la política exterior de Bizancio en los siglos siguientes.
- *El frente occidental perdió relevancia* después de la muerte de Justiniano. La falta de continuidad territorial con el conjunto del Imperio y la gravedad de las amenazas que acuciaban a éste desde oriente explican dicha pérdida. Así, la España bizantina pasó a manos de los hispanogot-

dos entre los años 625 y 630. El África bizantina la ocuparon los árabes desde mediados del siglo VII. Y la Italia bizantina vio disminuir sus dimensiones, que, además de Ravena, iban quedando limitadas a Sicilia y unos cuantos enclaves costeros en el sur de la península. En este último escenario, tan grave para el Imperio de Bizancio como la pérdida territorial resultaba la actitud separatista del exarca de Ravena, acompañada de su acercamiento al papa de Roma.

2.2.2. Los signos de discontinuidad histórica

Las circunstancias vividas por el Imperio de Bizancio en el siglo VII tuvieron importantes repercusiones en la sociedad hasta el punto de que los historiadores consideran que aquel siglo supuso una solución de continuidad en la historia bizantina. Tres procesos fueron los que la marcaron: la militarización, la pérdida de peso específico de la ciudad y el fortalecimiento del mundo rural.

- *La reorganización militarista del Imperio con el sistema de «themas».* El vocablo *thema* designaba tanto la unidad de ejército acuartelada en un distrito como la circunscripción territorial que le correspondía defender. Al frente de cada *thema*, un *estratega* reunía competencias civiles y militares de modo que pudiera tomar con rapidez decisiones de carácter bélico. Bajo su mando se hallaban todos los habitantes del distrito pero de modo más específico los *stratiotai*, especie de soldados campesinos, que, en número variable entre seis mil y doce mil, estaban instalados en cada *thema*, donde tenían responsabilidades de defensa. Cada uno de ellos poseía en usufructo inalienable una explotación agraria que debía proporcionarle la renta suficiente para asegurar su mantenimiento y el de su equipo militar como jinete acorazado. Pese al derecho público vigente y su carácter institucional, la relación entre estratiotas y estrategas fue adquiriendo rasgos de vinculación personal. Sin alcanzar las que serían características de Europa occidental, el sistema de *themas* desarrolló facetas que formalmente recordaban el feudalismo.
- *La desestructuración del sistema urbano.* La militarización de la vida del Imperio, con la nueva organización en *themas*, alteró la tradicional función administrativa de las ciudades, subordinada ahora a un continuo esfuerzo guerrero. Las ciudades perdieron peso demográfico, económico y, sobre todo, social y político. Su importancia pasó a depender, en buena parte, de su condición de acuartelamiento o de lugar de peregrinación. La crisis fue, desde luego, más breve que la experimentada por las ciudades de occidente: dos siglos después, la recuperación urbana del Imperio bizantino era evidente pero, de momento, resultó bastante profunda.
- *El fortalecimiento del mundo rural.* La disminución de la población del Imperio y, sobre todo, sus continuos trasvases de unas regiones a otras

con que los emperadores trataron de asegurar la fidelidad de los súbditos de las fronteras y la defensa de éstas se tradujeron en importantes cambios en la red de poblamiento. A éstos contribuyó también la creación de numerosos centros monásticos en el mundo rural. Por su parte, la consolidación del sistema de *themas* y de sus soldados campesinos favoreció el auge de la mediana y la pequeña propiedad, lo que propició el fortalecimiento de las aldeas y de sus comunidades aldeanas. A comienzos del siglo VIII, el *Nomos georgikos* o Código rural reguló la responsabilidad fiscal de todos los campesinos y prestó especial atención a las tierras abandonadas que periódicamente se redistribuían entre los propietarios de cada aldea. Los repartos se realizaban en proporción a las fortunas de los vecinos lo que favorecía a los más poderosos. Una oligarquía aldeana, beneficiaria de las necesidades de los convecinos endeudados, se fue constituyendo en cada aldea. Bajo su dirección, las comunidades campesinas trataban de colaborar en el objetivo de asegurar la supervivencia de un Imperio que, a finales del siglo VII, y por las amputaciones territoriales efectuadas por los árabes, era ya exclusivamente griego.

3. Un Imperio a la defensiva y la querella de las imágenes

El sistema de *themas* fortaleció los poderes militares de las provincias, en especial, las fronterizas. Algunos de sus jefes aprovecharon desde 695 la circunstancia para imponerse por breve tiempo en el ejército y en el trono imperial. En 717, León, el *estratega* de Anatolia, consiguió no sólo instalarse en el trono hasta 741 sino estabilizar una nueva dinastía, la Isáurica. Con ella se abrió otro período en la historia política del Imperio de Bizancio que los historiadores no consideran cerrado hasta el año 867 en que la dinastía Macedónica ocupó el trono imperial.

La historia de esos ciento cincuenta años, entre 717 y 867, que, desde el punto de vista social, se caracterizó por el progreso de la gran propiedad en detrimento de la fuerza de las aldeas, ofreció, además, tres polos fundamentales de interés: la guerra contra los enemigos exteriores (árabes, jázaros, eslavos y búlgaros), la ampliación del ámbito político y cultural de Bizancio hacia los mundos búlgaro y eslavo y la querella de las imágenes, esto es, la disputa entre los iconoclastas, partidarios de su eliminación, y los iconódulos, defensores de su veneración e incluso de su adoración.

3.1. La querella de las imágenes

La disputa en torno al carácter de las imágenes y su culto se desarrolló en tres grandes etapas. La primera, entre los años 726 y 787, conoció el triunfo de la

iconoclastia. La segunda, entre 787, fecha en que el concilio II de Nicea restauró el culto de las imágenes, y 815, se caracterizó por el éxito de la iconodulía. Y la tercera, entre 815, en que se volvió a la iconoclastia, y 843, en que la querella concluyó con el triunfo definitivo de los defensores de las imágenes. La resolución final del conflicto tuvo como secuela la eliminación de las fuentes favorables a la iconoclastia, lo que ha dejado en la penumbra para siempre aspectos significativos del período.

La querella de las imágenes fue hasta cierto punto inevitable en el Imperio de Bizancio. La devoción por ellas había sido mucho más vigorosa en oriente que en occidente. Algunas de las imágenes de Cristo, la Virgen y ciertos santos habían generado un verdadero culto de los iconos en sí mismos. Durante el siglo VII, los campos de batalla, las ciudades sitiadas, los monasterios, las casas se llenaron de imágenes, propiciando un ambiente de frenética iconodulía. A ella contribuyeron especialmente los monasterios que conservaban las imágenes más populares, a las que se atribuía milagros portentosos, lo que generaba una corriente de peregrinaciones y ofrendas.

El problema se complicaba por el hecho de que, desde un punto de vista teológico, la iconodulía formaba parte de la ortodoxia que, antes de la explosión iconoclasta, la Iglesia había defendido tanto frente al monofisismo como frente al judaísmo y el islamismo, los tres opuestos a la tradición icónica. Con estos precedentes, no fue extraño que las corrientes iconoclastas más vigorosas nacieran en las fronteras orientales del Imperio, las que, en el siglo VIII, vivían en contacto con monofisitas, judíos y musulmanes.

Esta interpretación religiosa del debate de las imágenes hay que unirla a la interpretación política. El emperador que por primera vez prohibió los iconos, León III «el Isáurico», tenía la voluntad de crear una nueva dinastía y la de realizar una renovación política. La expresión religiosa de ambas voluntades la encontró en la exaltación de la cruz, que propició de forma paralela a la persecución de las imágenes. Al hacerlo así, León III contrapuso la autoridad de la cruz de Cristo al poder de las imágenes de los santos, monopolizadas por los monasterios, terratenientes cada vez más poderosos. La cruz se convirtió en un referente del propio emperador, el poder único, por encima de las demás autoridades, militares, civiles o eclesiásticas.

3.2. El primer período iconoclasta

Un golpe de Estado en abril de 717 permitió al *estratega* de Asia Menor hacerse con el trono imperial que ocupó con el nombre de León III «el Isáurico» (717-741). En pocos meses, el nuevo emperador fortaleció su posición rechazando dos ataques navales de los árabes a Constantinopla y frenando las intenciones búlgaras de hacer lo mismo por tierra. Su esfuerzo sirvió para que los bizantinos recuperaran la iniciativa militar perdida hacía ochenta años. Ello permitió al nuevo emperador emprender los primeros pasos de reorgani-

zación del Estado que, en seguida, cubrió tres aspectos principales. El derecho, con la promulgación en 726 de la *Eklogé* (selección), edición resumida del *Corpus Iuris Civilis* de Justiniano, con inclusión de un reforzamiento de la figura del emperador como legislador inspirado por Dios. La administración territorial, con el aumento del número de *themata* que tenía por objeto reducir su tamaño y la fuerza militar de su acuartelamiento. Y la política religiosa, con la imposición de la iconoclastia.

El arranque del movimiento iconoclasta se produjo en el año 726. El primer acto simbólico consistió en la retirada de la imagen de Cristo que remataba la puerta del palacio imperial y su sustitución por una cruz. A ello siguió la destrucción sistemática de las imágenes, frente a la que los jefes iconódulos, casi siempre monjes, singularmente, Juan Damasceno, elaboraron sus primeras argumentaciones teológicas. Su base se hallaba en la concepción neoplatónica de que la imagen es una representación que puede ayudarnos a entrar en contacto espiritual con aquel a quien representa, aunque el figurado sea el propio Dios como encarnado en Cristo. Los papas se negaron a aceptar las tesis iconoclastas, lo que provocó su enfrentamiento con el emperador, que se apresuró a segregar las diócesis bizantinas de Italia y la Iliria del patriarcado de Roma para encardinarlas en el de Constantinopla. La decisión reforzó las tradicionales buenas relaciones entre emperador y patriarca bizantino, que, en cambio, fueron combatidos por los monjes.

Las hostilidades entre iconoclastas e iconódulos alcanzaron su ápice en el reinado de Constantino V (741-775), quien desató una sistemática persecución de los defensores de las imágenes. Tal actitud suscitó la definitiva ruptura con el papado, que encontró en el rey franco Pipino «el Breve» la ayuda que necesitaba tanto contra los lombardos como contra las injerencias de las autoridades bizantinas. Ello proporcionó al papa la independencia deseada respecto a Bizancio y confirmó la vinculación del pontificado a los destinos de occidente.

La muerte del emperador Constantino V puso fin al período más duro de la persecución iconoclasta. Cinco años después, en el reinado de la emperatriz Irene (780-802), empezó a remitir decididamente y el Concilio II de Nicea de 787 fijó el final de la iconoclastia y el triunfo de la iconodulia. En él, los padres conciliares establecieron, a propósito de las imágenes, la distinción entre su «veneración», que era tolerada y estimulada, y su «adoración», que quedaba prohibida. En el concilio, los monjes, fanáticos iconódulos, aceptaron transigir en el terreno de la teología a cambio de imponer sus criterios en materia de disciplina de los clérigos y de liturgia; y, sobre todo, a cambio de instalar en el recuperado monasterio de Studion, en la capital, una comunidad de monjes, que se convirtió en la abanderada del bando iconódulo intransigente.

3.3. El segundo período iconoclasta

El Concilio de Nicea de 787 sirvió para poner fin a la querrela de las imágenes pero no resolvió los múltiples problemas que sesenta años de enfrentamiento habían suscitado. Los monjes podían considerarse los únicos triunfadores en toda regla, porque, por su parte, la emperatriz Irene, alentadora de la solución iconódula, empezó a tener graves dificultades para mantenerse en el trono. Precisamente, lo inusitado de la situación de una mujer al frente del Imperio fue aprovechado tanto en el oeste de Europa como en el propio Bizancio. En occidente, Carlomagno lo utilizó como excusa para considerar vacante el trono imperial y, en consecuencia, proponerse para el mismo en la Navidad del año 800. En el Imperio de Bizancio, los mandos militares aprovecharon el golpe de mano dado por la emperatriz, que destronó y mandó cegar a su hijo, para eliminarla del trono en el año 802 y colocar en su lugar a Nicéforo, jefe de la administración imperial.

El nuevo emperador (802-811), deseoso de reanudar la guerra en los distintos frentes, fortaleció los dos mecanismos que podían asegurar sus éxitos: la recaudación tributaria y los efectivos guerreros. El doble esfuerzo le permitió ampliar las dimensiones del ejército pero apenas le proporcionó éxitos en el campo de batalla. En efecto, la destrucción del Imperio de los ávaros por parte de Carlomagno liberó a los búlgaros de la presión que sufrían en su frente occidental y les permitió concentrar sus ataques contra el Imperio bizantino, cuya capital fue, una vez más, asediada entre los años 811 y 813. La situación la aprovechó un nuevo jefe militar para hacerse con el poder imperial.

El nuevo emperador León V «el Armenio» (813-820) asumió deliberadamente la personalidad de su homónimo León III en política interior y retornó a la iconoclastia. En 815 se inició un segundo período de destrucción de imágenes que se prolongó hasta 843 y se caracterizó por una menor virulencia contra los iconódulos; tal vez, porque los nuevos ataques se vieron inmersos en una prolongada revuelta general a través de la cual se esperaban resolver problemas más profundos de la vida del Imperio. Entre ellos, destacaban tres. La creciente dicotomía entre la capital y las provincias, algunas de las cuales, como Armenia, afirmaban rasgos que hoy denominaríamos nacionalistas. La rivalidad entre las tropas de *stratiotai* y las de las guarniciones fronterizas. Y la aparición de algunos extremismos religiosos, como el de los *paulicianos*, que no sólo rechazaban las imágenes, sino también la cruz, los sacramentos y la jerarquía eclesiástica. Este conjunto de elementos perturbadores de la vida del Imperio lo aprovecharon los musulmanes para avanzar posiciones, en especial, en las islas de Creta y Sicilia, que acabarán ocupando.

Las debilidades del Imperio tuvieron algunas compensaciones. Entre ellas, el afianzamiento de la autocracia imperial como definidora de la ley, incluso religiosa; el fortalecimiento del ejercicio de una justicia pública; la ampliación de la capacidad recaudatoria, en especial, en las zonas balcánica y anatolia, signo de la recuperación del poder imperial; el aumento de la circula-

ción monetaria, indicio de una creciente actividad mercantil, que se apoyaba, a su vez, en la recuperación de la vida urbana; y un evidente despliegue cultural, visible en la actividad de hombres como Juan el Gramático, León el Matemático o el joven Focio que redactó entonces su *Biblioteca*, reseña de los contenidos de casi trescientos libros. Este conjunto de éxitos culminó con la restauración del culto de las imágenes impuesta por la emperatriz regente Teodora el primer domingo de Cuaresma del año 843.

Fuera de las fronteras del Imperio bizantino, el balance del segundo período iconoclasta dejó como saldo más significativo un evidente deterioro de las relaciones entre las Iglesias de Constantinopla y Roma. El signo decisivo de alejamiento entre ambas fue la disputa entablada entre el papa Nicolás I y el patriarca Focio, que concluyó en 867 con una excomunión recíproca que constituyó la primera ruptura expresa y formal entre las dos Iglesias. Como en ocasiones anteriores de cisma encubierto, las razones de la separación fueron variadas, aunque, junto a los celos mutuos por la jerarquía en la Iglesia, aparentemente la raíz seguía siendo la oposición en torno a la doctrina sobre el Espíritu Santo (el *Filioque*). Mientras que para los griegos «procede del Padre a través del Hijo», para los latinos «procede del Padre y del Hijo».

En definitiva, los dos períodos de lucha iconoclasta se habían caracterizado por un repliegue intelectual y vital del Imperio de Bizancio dentro de sus fronteras físicas y mentales, lo que había contribuido a exacerbar la peculiaridad de sus rasgos. Por su parte, los nueve años entre 858 y 867, en que se desarrolló el enfrentamiento entre el papado de Roma y el patriarcado de Constantinopla con resultado de cisma, fueron, a la vez, decisivos para la historia inmediata de Bizancio y sintomáticos del porvenir de Europa oriental. En efecto, cuatro acontecimientos de ese decenio lo marcarán. El primero, el propio cisma religioso. El segundo, la aparición, por primera vez en 860, de naves rusas bajo las murallas de Constantinopla. El tercero, la actividad de los misioneros bizantinos; tanto de quienes predicaban en Bulgaria, cuyo soberano Boris se bautizó con el nombre (Miguel) del propio emperador de Bizancio, como de quienes lo hicieron en otras áreas de los Balcanes, en especial, los dos hermanos Constantino (más tarde, llamado Cirilo) y Metodio.

El cuarto de los acontecimientos de los años 858 a 867 fue, sin duda, el comienzo de la actividad de esos dos misioneros, que, tras fracasar entre los jászars, convertidos al judaísmo, fueron enviados a predicar el cristianismo en el reino de la Gran Moravia. Se trataba de un amplio espacio entre la selva de Baviera y los ríos Tisza y Danubio que había alcanzado su autonomía a raíz de la destrucción del Imperio ávaro por obra de Carlomagno. Para facilitar la difusión de su mensaje religioso, Cirilo y Metodio idearon una escritura de la lengua eslava, la llamada glagolítica (del vocablo ruso, *glagol*, verbo). Sobre ese fundamento, en breve tiempo, tal escritura será sustituida por la llamada «cirílica», aunque Cirilo no fuera su inventor. En seguida se convirtió en el instrumento que facilitó la traducción de las sagradas escrituras y los textos jurídicos a los idiomas de los pueblos que habían ido ocupando gran parte de

la Europa oriental. Ésa fue, a la postre, la gran aportación de los misioneros griegos. En cambio, sus intentos de vincular la Gran Moravia al mundo de la Cristiandad bizantina fracasaron por la resistencia de los papas y los príncipes y obispos alemanes, que consideraban aquel territorio como área de natural influencia latina y germana. En compensación, los búlgaros y, en seguida, los serbios y los rusos irán entrando en la esfera de influencia política, cultural y religiosa del Imperio de Bizancio.

4. Una segunda Edad de Oro bizantina: la dinastía Macedónica

El asesinato del emperador Miguel III en 867 puso el trono en manos de Basilio I (867-886). Con él se inició una nueva dinastía, la Macedónica, que prolongó su existencia entre aquella fecha y 1057, en que la aristocracia territorial dio el golpe de Estado que entronizó a Isaac Comneno. Durante casi dos siglos, bajo el mando de los emperadores macedones, el Imperio de Bizancio vivió una etapa de consolidación política y social interna y apogeo cultural que ha sido denominada «segunda Edad de oro bizantina». Dentro de esos doscientos años, un primer período correspondió a la afirmación de la nueva dinastía entre el acceso de Basilio I al trono en 867 y la muerte de Constantino VII en 959. El fortalecimiento de la autoridad imperial, la recuperación de las ciudades, la reactivación del comercio internacional, un cierto debilitamiento de las comunidades aldeanas y un desarrollo de las grandes propiedades monásticas fueron sus rasgos dominantes.

4.1. El triunfo de la autocracia y la renovación del Estado

El golpe de Estado del año 867 que supuso la entronización de la dinastía Macedónica constituyó el umbral de un fortalecimiento de los signos de recuperación que se advertían ya en la primera mitad del siglo IX. Entre ellos, la propia formulación del modelo de autoridad imperial que tuvo una traducción artística en la iconografía del poder que la nueva dinastía apoyará deliberadamente. La imagen de cada emperador macedón apareció, en efecto, como la de un elegido de Dios, un representante de Cristo en la tierra, puesto por la divina providencia para guiar un Imperio que se consideraba el reflejo terrestre del reino celestial. La difusión del tema de la coronación simbólica del emperador como expresión del origen divino de su autoridad acabó convirtiéndose en un capítulo de la propia iconografía cristiana. El *Libro de las ceremonias*, redactado por el emperador Constantino VII, recogió y reguló el impresionante ceremonial desarrollado en audiencias, juicios y fiestas palaciegas, en un despliegue que imitaba (y era imitado por) la propia liturgia religiosa.

Desde el mismo momento de su instauración, la dinastía Macedónica desarrolló una deliberada revisión de las leyes anteriores. Basilio I inició la tarea

con la promulgación en 879 de la *Epanagogé* (o *Restauración de las leyes*), nuevo código que pretendía enmendar el de Justiniano y, ya desde su prólogo, probablemente inspirado por Focio una vez restaurado en su sede patriarcal, fijaba las funciones de los dos grandes protagonistas de la vida del Imperio. Las del emperador eran asegurar el bienestar de sus súbditos, defender la ortodoxia cristiana y, sobre todo, interpretar las leyes. Las del patriarca, siempre subordinado al emperador, consistían en interpretar los cánones y decisiones conciliares a fin de garantizar la vida espiritual de los habitantes del Imperio.

La tarea legislativa fue continuada por los dos sucesores de Basilio I. Su hijo León VI (886-911) ordenó las *Basilika* o *Leyes imperiales*, escritas en griego, que, por su extensión y sistematización, recuerdan las del *Corpus Iuris Civilis* de Justiniano, al que desplazaron, constituyendo la más extensa colección de leyes de la Edad Media. Por su parte, Constantino VII (911-959), hijo del anterior, completó la tarea de su abuelo y su padre, desarrollando, sobre todo, la reglamentación de los organismos de administración en sus dos obras: *De los themas* y *De la administración del Imperio*. Junto al apoyo a la doctrina de autocracia imperial, el esfuerzo legislativo impulsó la renovación ideológica y cultural del funcionariado. Éste se distribuía en un complejo organigrama; en él, aparte de las competencias cancillerescas, militares y hacendísticas, se desarrollaban las del *dromo* o posta imperial y las de las dignidades palatinas. Constituían éstas un verdadero señuelo para la vanidad de los poderosos del Imperio, quienes, apartados del ejercicio directo de funciones de gobierno, se consolaban con un puesto en el protocolo del palacio adquirido mediante compra. De esa forma, los emperadores conseguían fortalecer, a la vez, las finanzas imperiales y la cohesión ideológica de la sociedad bizantina.

La administración territorial, aunque seguía basada en el sistema de *themas*, experimentó algunos cambios significativos; en especial, dos, referentes a sus aspectos estratégicos y fiscales. De un lado, aumentó el número de *themas* y se amplió el reclutamiento de tropas mercenarias más móviles. De otro, la antigua figura del soldado-campesino empezó a perder su valor. El mismo criterio de centralización se impuso en la armada que, con unos doscientos *dromones*, colaboró en la recuperación de la iniciativa militar por parte del Imperio.

4.2. La reanimación de la actividad económica

El fortalecimiento del sentido de la autoridad imperial y de las estructuras de gobierno y administración se apoyó, sobre todo, en dos pilares. En primer lugar, en la capacidad de la dinastía Macedónica para aumentar los recursos del Imperio a través de la conservación de un importante patrimonio estatal y un conjunto de monopolios, como el permanente de la moneda o los ocasionales de la seda y el trigo. Y, en segundo lugar, en la recaudación fiscal que se acrecentó por un enriquecimiento general de la sociedad bizantina que generaba

tributos tanto por la actividad de sus mercaderes y artesanos como por el pago de un diez por ciento del valor de las cosechas o de la circulación y venta de productos.

Los afanes recaudatorios del Estado bizantino sacrificaron el estatuto de los medianos y los pequeños propietarios frente a los grandes latifundistas. Éstos, conscientes de su capacidad para proporcionar al Estado recursos con que atender las exigencias del despliegue bélico, fueron consiguiendo inmunidades respecto a los funcionarios estatales. Ello les permitía presionar sobre las comunidades aldeanas, que encontraron mayores dificultades que en el período anterior para mantener su independencia respecto a los poderosos.

La reanimación económica de los siglos IX y X tuvo su manifestación señera en la recuperación del sistema urbano, oscurecido en los dos anteriores por la crisis general del Imperio y la puesta en pie del sistema de *themas*. Tal recuperación se manifestó en la reactivación del comercio y de una producción artesanal enormemente diversificada, como lo muestra el *Libro del Eparca*, escrito probablemente en el reinado de León VI, y lo confirmaba el simple aumento de los efectivos de población de las ciudades. Éstas ya no respondían al modelo de ciudad antigua sino al de ciudad medieval. Se habían convertido en centros de servicios regionales insertos en un territorio que las dominaba y con una morfología que incluía espacios de cultivo, monasterios con sus huertos o palacios con sus jardines.

Aun bajo su nueva imagen, las ciudades bizantinas estaban orientadas hacia la actividad mercantil. En cuanto a ésta, conocemos poco la referente al comercio interior del Imperio, aunque consta la existencia de algunas ferias importantes, como las de Tesalónica y Éfeso. Más informados estamos acerca del renacimiento del comercio exterior, visible ya desde mediados del siglo IX en aquellas dos ciudades o en otras, como Querson y Trebisonda o, un poco más tarde, Corinto y Melitene, y, siempre, por supuesto, en Constantinopla. La capital fue, en efecto, el destino mayoritario de las cuatro grandes rutas comerciales que vinculaban el Imperio con el exterior. La del norte, que venía desde el mar Báltico. La del sur, por donde llegaban los productos de las tierras del océano Índico. La del este, que empalmaba la lejana China con los puertos bizantinos del mar Negro. Y la del oeste, que, por la vía marítima del Adriático o por la fluvio-terrestre del Danubio, hacía llegar los productos de Italia traídos por los comerciantes de Amalfi y Venecia, que empezaron a constituir pequeñas colonias en las ciudades bizantinas.

4.3. Un renacimiento cultural y artístico griego

El enriquecimiento y la reurbanización del Imperio tuvieron su traducción en una reactivación intelectual y artística que culminó con el tercero de los emperadores de la nueva dinastía, Constantino VII Porfirogeneta (esto es, «nacido en la sala de púrpura» del palacio imperial), en un verdadero renacimiento. Él

personalmente dirigió la actividad cultural del palacio imperial, en cuya escuela superior de La Magnaura intervino incluso como profesor. En su tiempo, la docencia tenía como finalidad principal la formación de altos funcionarios del Imperio y se desarrollaba a través de cátedras de retórica, filosofía, geometría y astronomía. Complementariamente se fue creando un *corpus* informativo de carácter enciclopédico, que mostró su preferencia por la administración del Imperio y las tareas agrícolas. Otras instituciones, en especial, los monasterios, desempeñaron un papel significativo en este renacimiento de la dinastía macedónica, que dejó un legado interesante de obras de historiografía, teología y hagiografía. El instrumento lingüístico de este renacimiento fue el griego, idioma compartido por el palacio, la aristocracia, los monasterios y el pueblo, a diferencia de lo que estaba sucediendo en el oeste de Europa, donde el latín y los idiomas vernáculos diversificaban sus destinos y funciones.

Las artes constructivas y figurativas también se beneficiaron del renacimiento macedón. En arquitectura, desde comienzos del siglo X triunfó el modelo de templo de planta de cruz griega y cubierta de cúpulas. Será una especie de prototipo que los emperadores macedones se encargarán de generalizar. En pintura sucedió algo semejante: la recuperación de imágenes tras la querella iconoclasta estimuló el desarrollo de frescos y mosaicos con un despliegue de programas iconográficos muy uniformes a partir de un modelo casi único. Así, el templo se hallaba presidido por la figura de un Cristo *pantocrator*, que ocupaba la cúpula central, mientras la *Theotokos* se situaba en el ábside, en una localización que confirmaba su papel de mediadora universal.

4.4. La ampliación del área de influencia bizantina hacia los mundos búlgaro y ruso

En los noventa años que mediaron entre la accesión al trono de Basilio I en 867 y la muerte de Constantino VII en 959, el Imperio mostró una fortaleza que se tradujo en un cambio de la actitud, hasta entonces defensiva, que había caracterizado la política exterior bizantina. Dentro de ella, lo característico en el siglo X fue una disminución de la atención a los frentes oeste y este, ocupados por los musulmanes, y una dedicación al frente norte, es decir, a Bulgaria y al mundo eslavo, representado, sobre todo, por el principado ruso de Kiev.

- *La atención bizantina al espacio situado al noroeste del Imperio* se había incrementado desde el momento en que, en *Bulgaria*, cristalizó un poder bajo la forma de monarquía. Los comienzos del reinado de Basilio I y, por tanto, de la dinastía Macedónica, habían coincidido con una serie de circunstancias que propiciaron la incorporación búlgara a la órbita bizantina. Por un lado, el bautismo del monarca Boris, llamado desde entonces Miguel, había abierto al pueblo búlgaro las puertas de la Iglesia en el año 865. Por otro, la actitud del papa Nicolás I, el cisma de

Focio, las propias aspiraciones del nuevo monarca cristiano y los intereses de Basilio I facilitaron el reconocimiento, por parte del patriarca de Constantinopla, de una jerarquía eclesiástica búlgara con mayor nivel de la que Roma estaba dispuesta a aceptar. Ello fue, desde luego, el comienzo de unas relaciones entre el Imperio bizantino y Bulgaria que continuaron por el camino de una verdadera aculturación de la segunda por el primero.

Sin embargo, en 894, la negativa del Imperio a aceptar las pretensiones del monarca búlgaro Simeón, que aspiraba a recibir el título de *basileus*, ocasionó el estallido de un conflicto. Los triunfos búlgaros obligaron a Bizancio a reconsiderar su actitud y, a cambio de la paz, aceptó abonar un tributo anual al zar Simeón. En el año 912, la interrupción del pago sirvió de excusa al jefe búlgaro para lanzar un ataque contra la propia Constantinopla, que, acabó retornando al pago del tributo y reconociendo a Simeón el título de *basileus*.

El final de la guerra permitió a Bizancio consolidar su presencia cultural y religiosa en el espacio balcánico, ampliando la que había empezado a tener sobre los serbios y los croatas y estimulando la entrada definitiva de los búlgaros por el camino de la eslavización y la cristianización. El fortalecimiento de ambas fue un factor de cohesión cultural con un sentido nacional de la población búlgara. Para asegurar su posición, la monarquía aceptó el encumbramiento de la vieja aristocracia boyarda, representante de las tradiciones turcas del pueblo, y su condición de gran propietaria de tierras, situación que la Iglesia búlgara empezó a compartir tras la cristianización del pueblo. La presión de esta aristocracia terrateniente sobre los pequeños campesinos suscitó reacciones de descontento que adquirieron la forma de movimientos religiosos heterodoxos, particularmente la herejía bogomila, esto es, del pope Bogomil. Como la de los paulicianos dentro del Imperio, predicaba un dualismo radical y una hostilidad al poder y la riqueza establecidos.

- *La ampliación del área de influencia bizantina hacia el mundo eslavo* alcanzó espacios más alejados de la capital del Imperio, concretamente, los territorios ocupados por eslavos orientales, *los rusos*. El primer contacto entre bizantinos y rusos tuvo lugar en el año 860 cuando gentes de ese pueblo se presentaron ante Constantinopla con ánimo mitad belicoso, mitad mercantil. Durante quince años se desarrollaron iniciativas para constituir, entre los rusos, una jerarquía episcopal bajo dirección bizantina. Tras este primer contacto, y durante casi un siglo, las fuentes guardaron silencio. A ese silencio cabe atribuir las dos interpretaciones que se han hecho sobre el carácter de los núcleos de población de los eslavos y sobre las fuerzas que propiciaron su encuadramiento social y político.

La primera interpretación, la de la historiografía rusa, ha tendido a subrayar los aspectos originales y «nacionales» de las creaciones esla-

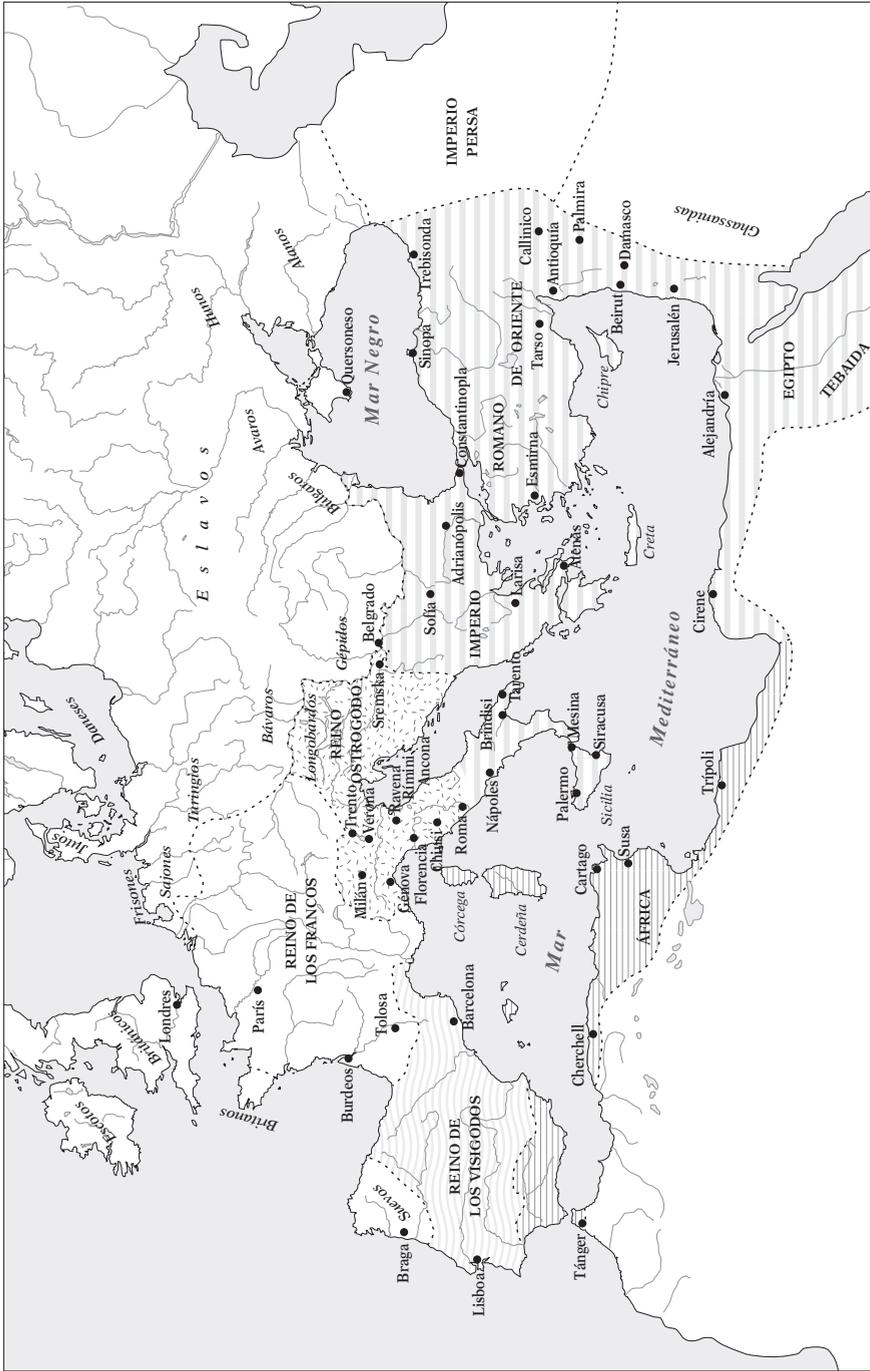
vas. Apoyándose en los fundamentos del materialismo histórico, ha sostenido que la propia evolución interna de la sociedad eslava le permitió alcanzar el nivel de encuadramiento visible, sobre todo, en la Rusia de Kiev a mediados del siglo x. En ese proceso, la presencia de los vikingos, en especial, suecos, en las estepas rusas sólo debe interpretarse como la de unos comerciantes o, en su caso, la de unos mercenarios al servicio de las minorías aristocráticas eslavas de distintos núcleos de las estepas.

La segunda interpretación, la de la historiografía escandinava, ha solido subrayar el papel que, en ese encuadramiento social y político de los eslavos de Rusia, correspondió a los vikingos. Éstos, lejos de ser simples mercenarios, constituyeron polos locales de poder en torno a los cuales se consolidó una población estable, de la que formaban parte tanto los mercaderes suecos, los varegos, como los eslavos.

La pugna historiográfica, preocupada por descubrir la paternidad de los núcleos urbanos rusos, no ha dejado de reconocer su importante papel en el siglo x, cuando la presencia de los mercaderes varegos les permitió convertirse en lugares de intercambio y propiciar los contactos de los eslavos con el mundo exterior. Entre esas relaciones se cuentan las que debieron establecerse, a finales del siglo ix, entre los rusos de Kiev y los bizantinos, caracterizadas por el intercambio comercial más que por el enfrentamiento bélico. En ese sentido, la conversión de la princesa Olga, viuda de Ígor, al cristianismo y su bautizo en Constantinopla en 957, con el nombre de Elena y el padrinazgo del emperador, muestran a la vez la dinámica habitual de las relaciones exteriores bizantinas y la ampliación del radio de acción de la cultura del Imperio.

Documentos

1. Mapa: El Imperio romano de Oriente a la muerte de Justiniano (año 565)



3. El *Corpus Iuris Civilis* de Justiniano (año 530)

El César emperador, Flavio Justiniano, piadoso, afortunado, célebre, conquistador y triunfador, siempre Augusto, a Triboniano, su cuestor, ¡salud!

Con la ayuda de Dios, que gobierna nuestro Imperio que su Celestial Majestad nos ha confiado, hemos guerreado con éxito, hemos mantenido la Constitución del Estado y tenemos tal confianza en la protección de Dios todopoderoso que [...] ponemos nuestra fe en la providencia de la Santísima Trinidad [...]

Ya que no hay nada que merezca más nuestro respeto que la autoridad de la ley, que regula adecuadamente tanto los asuntos divinos como los humanos y elimina toda injusticia, hemos entendido que procede realizar la acomodación del Derecho que hemos recibido desde la fundación de Roma y que hoy supera por su extensión y complejidad la capacidad de la mente humana.

Por ello, hemos decidido comenzar por el examen de las disposiciones promulgadas por los venerados príncipes que nos han precedido en orden a corregir sus constituciones y hacerlas comprensibles de modo que, una vez que se haya suprimido todo lo que resulte superfluo o esté en discordancia, puedan ser recogidas en un único Código que proporcione a los hombres la seguridad de su verdadero significado.

Apud N. F. Cantor, *The medieval world 300-1300*.
Nueva York, 1968, pp. 85-86, traducción inglesa.

4. La querrela de las imágenes: los puntos de vista del emperador iconoclasta y del papa iconóculo

a) El punto de vista del emperador Constantino V (741-775)

Bajo la inspiración del Espíritu Santo, hemos comprendido que el reprobable arte de pintar criaturas vivas constituye una blasfemia contra la doctrina fundamental de nuestra salvación, esto es, la Encarnación de Cristo. ¿Qué pretende ese loco pintor que, con sus sucias manos, trata de representar aquello que sólo puede ser creído en el corazón y confesado con la boca? Él pinta una imagen y la llama Cristo. El nombre de Cristo significa Dios y Hombre. Por tanto, se atreve a pintar la divinidad, que no puede ser representada.

Los que hacen esto suelen excusarse diciendo: «Nosotros sólo representamos el cuerpo humano de Cristo». Pero, ¿cómo se atreven esos locos a separar el cuerpo de Cristo de su divinidad? Al hacerlo, caen en un abismo de impiedad porque atribuyen al cuerpo una existencia por sí mismo con lo que están introduciendo una cuarta persona en la Trinidad.

Apud R. H. Bainton, *The medieval Church*.
Princeton, 1962, pp. 110-111, traducción inglesa.

b) El punto de vista del papa Gregorio II (715-731)

[...] Porque, ¿qué son nuestras iglesias? ¿No están hechas de piedra, madera, paja, yeso y cal? Pues también podemos adornarlas con pinturas y representaciones de mi-

lagros de los santos, de sufrimientos de Cristo, su santa madre y los apóstoles. En definitiva, hombres y mujeres se valen de estas pinturas para instruir en la fe a sus hijos pequeños, a los jóvenes y a gentes de tierras paganas. Por medio de ellas, los hombres dirigen su mente y su corazón a Dios.

Apud N. Downs, *The medieval pageant*,
ob. cit., pp. 54-56, traducción inglesa.

5. La evangelización de los eslavos: la misión de Cirilo y Metodio (865-880)

En aquellos días, los príncipes de los eslavos de Moravia se dirigieron al emperador bizantino Miguel III [842-867] y le dijeron: «Nuestro país está ya bautizado pero carecemos de maestros que nos expliquen los libros sagrados, ya que no comprendemos la lengua latina ni la lengua griega en que están escritos. Por ello, no podemos entender ni la letra ni el sentido de la Escritura. Envíanos, te rogamos por ello, maestros que sean capaces de hacernos entender las palabras de tales libros y su sentido».

[El emperador atendió la petición de los príncipes eslavos y envió a los dos hermanos Metodio y Constantino (= Cirilo)]. En cuanto los dos hermanos llegaron, crearon las letras del alfabeto eslavo y tradujeron los Hechos de los Apóstoles, los Evangelios y otros libros, con lo que los eslavos pudieron entender en su propia lengua las grandezas de Dios. Algunos descontentos empezaron a murmurar contra los dos hermanos alegando que «Ningún pueblo debe tener otro alfabeto que el hebreo, el griego o el latino, los tres idiomas en que Pilatos escribió la inscripción que hizo colocar sobre la cruz del Señor». El papa [Juan VIII, 872-882] reprendió a los descontentos, diciendo: «Que se cumpla lo dicho en las Escrituras: ¡que todas las lenguas alaben a Dios!».

Crónica de Néstor.
Apud E. Mitre,
Textos y documentos de época medieval (análisis y comentario).
Barcelona, 1992, pp. 65-66.

6. Las recomendaciones del emperador Constantino VII Porfirogeneta (913-959) a su hijo sobre política imperial

¡Hijo!, no descuides el estudio de los asuntos presentes pero infórmate también de los futuros de forma que puedas acumular la experiencia necesaria para llevar a buen término tus empresas [...]. Porque pienso que si el saber es bueno para todos los súbditos, con más razón, debe serlo para ti que tienes que cuidar de la seguridad de todos y ser vigía y capitán del navío de este mundo [...]. Te confesaré que mi preocupación no ha sido estudiar para hacer ahora un despliegue de brillante retórica o elegante estilo sino, precisamente, para poder enseñarte las cosas que no debes ignorar.

Por ponerte un ejemplo, te diré que siempre es bueno para el emperador de los Romanos [Imperio bizantino] mantener la paz con los Pechenegos y firmar pactos y tratados de amistad con ellos, enviándoles cada año una embajada con buenos regalos a cambio de garantías suficientes por su parte en forma de rehenes y embajadores que,

2. La herencia de Roma en el este: el Imperio de Bizancio

al llegar a esta ciudad de Constantinopla, protegida de Dios, recibirán los beneficios y regalos que el emperador esté dispuesto a concederles. Y todo ello porque esta nación de los pechenegos vive al lado de nuestro distrito del Quersoneso y, si no los mantenemos en nuestra amistad, realizarán incursiones y expediciones de saqueo por todo aquél y por sus regiones limítrofes.

Libro de la administración del Imperio, del emperador Constantino V Porfirogeneta.
Apud N. Downs, *The medieval pageant*, ob. cit., pp. 86-87, traducción inglesa.

7. La conversión de Vladimir, príncipe de Kiev (978-1015), al cristianismo

[La princesa Olga de Kiev, una vez bautizada en Constantinopla en 957 por el patriarca, que le impuso el nombre de Elena, en recuerdo de la madre de Constantino el Grande, regresó a su tierra. Allí trató de convencer a su hijo Sviatoslav de que se convirtiera al cristianismo pero no lo consiguió. Un hijo de aquél, de nombre Vladimir, comenzó a reinar el año 978].

En 986, unos búlgaros se presentaron a él y le dijeron: «Eres un príncipe sabio pero no tienes religión. ¡Acepta el Islam!». Vladimir les replicó: «¿Y en qué consiste vuestra fe?». Ellos le respondieron: «Nosotros creemos en un solo Dios y Mahoma nos enseñó que debíamos ser circuncidados, que no podíamos comer cerdo ni beber vino y nos prometió disfrutar de un cielo lleno de bellas mujeres». A Vladimir le gustó lo del cielo y sus mujeres pero le repelió lo de la circuncisión y la abstinencia de cerdo y vino.

Después, vinieron los católicos romanos que le dijeron: «Nos ha enviado el papa». El príncipe Vladimir les preguntó: «¿Y cuáles son los mandamientos de vuestra fe?». Aquéllos le respondieron: «Ayuna lo que puedas y come y bebe siempre a la mayor gloria de Dios». A lo que el príncipe les replicó: «Mis antepasados no habrían hecho nada de eso».

Entonces llegaron los judíos que se quejaban de que los cristianos adoraran a un hombre al que ellos habían crucificado. Su doctrina incluía la circuncisión, la abstinencia de cerdo y conejo y la observancia del Sabbat. Vladimir les preguntó: «¿Cuál es vuestra tierra?». «Jerusalén». «¿Vivís allí ahora?». «No. Dios se disgustó con nuestros antepasados y la entregó a los cristianos». «Muy bien», concluyó Vladimir, «si Dios os ha rechazado, ¿por qué enseñáis a otros?».

Por fin, llegó un griego que criticó a los católicos romanos el uso de pan ácimo en lugar de pan con levadura en el sacramento del altar. Luego, hizo una larga exposición de su fe y terminó con una narración del día del juicio final y de las desgracias que caerían sobre los réprobos. Vladimir reflexionó y envió delegaciones que observaran la práctica de esas religiones en sus dominios. El informe de sus delegados fue concluyente: la liturgia de los griegos era maravillosa. Ningún espectáculo se le podía comparar. El mismo Dios parecía convivir con los hombres. Conocido esto, los consejeros de Vladimir le convencieron de que si la religión de los griegos fuera mala, su abuela la princesa Olga no la habría aceptado.

Al punto, el príncipe dijo: «Entonces, ¿dónde seré bautizado?».

Crónica de Néstor.
Apud R. H. Bainton, *The medieval Church*,
ob. cit., pp. 106-107, traducción inglesa.

Bibliografía

- Dagron, G. (1996): *Empereur et prêtre. Etude sur le cesaropapisme byzantin*. París, Gallimard.
- Hussey, J. M. (1986): *The orthodox Church in the byzantine Empire*. Clarendon Press, Oxford.
- Kaplan, M. (1992): *Les hommes et la terre à Byzance du VI^e au XI^e siècle. Propriété et exploitation du sol*. París, Publications de la Sorbonne.
- Morrison, C. (dir.) (2004): *Le monde byzantin. Tome I. L'Empire romain d'Orient, 330-641*. París, Presses Universitaires de France.
- Patlagean, E. (1981): *Structure sociale, famille, Chretienité à Byzance, IV^e-XI^e siècles*. Londres, recopilación de artículos de la autora.